

«Sentimientos espirituales»

... Si la "Vida" de la Madre Castillo nos da a conocer los hechos más notables que le ocurrieron desde la niñez hasta cuando abandonó por vez primera la gobernación del convento, los "Sentimientos Espirituales" son el diario de su existencia psíquica, que se pasó en un eterno flujo y reflujo de temores y esperanzas. Literariamente, los "Sentimientos" tienen una superioridad enorme sobre la "Vida". El eminente escritor colombiano don José Manuel Marroquín, dice que sería interesante averiguar la causa de esta desigualdad, que salta a la vista; y aunque no siempre sea posible hallar el motivo de los desfallecimientos que sufre el ingenio, creo que en el presente caso puede explicarse el fenómeno por la calidad del talento literario que poseía la autora. Raras antinomias de la vida. La Madre Castillo que apenas trató con nadie de fuera del claustro, tenía como escritora un temperamento marcadamente oratorio, que se adecuaba muy poco a la sencillez de una narración llena de menudos incidentes. Se halla, al contrario, en su terreno propio, cuando encuentra ciertos altos temas, como la grandeza de Dios y la miseria y pequeñez humanas; la muerte, el infierno, etc. No se le exija entonces a su estilo severidad didáctica, exposición ordenada y precisa. Su genio la lleva a hacer brillantes generalizaciones; a acumular imágenes de sabor bíblico; a buscar modos de decir nuevos, atrevidos y enérgicos; a dar movimiento al estilo por medio de frecuentes apóstrofes e interrogaciones; a amplificar su pensamiento derramándolo en inmensos períodos, cuyas cláusulas se van recogiendo como los pliegues de un manto, y que se cierran a menudo con una frase que, ya por ser la no-

ta más alta de la idea que informa el período, ya por presentar con ella un vigoroso contraste, deja grande impresión en el lector (1). Cuando en medio del relato de su vida halla ocasión de abandonar el tono narrativo por la ampliación retórica, o se le ocurre algo grande que decir, su estilo cobra en el acto mismo, color y brío, como es de ver en los pasajes que en este estudio se citan y que compiten con los mejores de los "Sentimientos". Vuelve a la narración, y el estilo torna a ser premioso y desaliñado.

Muy distintos caracteres tiene el estilo de Santa Teresa, que había nacido para la narración familiar, sin preparación ni aliño, como de "vieja castellana junto al fuego". (2). No hay en la literatura española libros de más hechicera ingenuidad que los de la monja de Avila, en que se deja ver, como a través de un cristal diáfano, aquella alma tan admirable en sus elaciones de amor y sus intuiciones de genio, como en sus rasgos femeniles. Santa Teresa, con su espíritu profundamente práctico, no procura la elegancia, sino la claridad y precisión. Usa un lenguaje castizo como pocos; pero al formar oraciones, no tiene mucha cuen-

(1) Además de los fragmentos que citamos en el curso de este trabajo, véanse en comprobación, en la parte I, la hermosa plegaria a la Virgen (Afecto 17); la descripción de la entrada del alma en el cielo (Afecto 21); el trozo de grandeza hebrea, en que se pinta el poder de Dios sobre las criaturas (Afecto 41); y la pintura de la vida humana en metáfora de una nave (Afecto 55). Léase el siguiente trozo correspondiente a la penúltima cita y que es un ejemplo típico de lo que arriba se dice: "Así que, Señor mío, grande y terrible, paciente y amoroso; no te desagrada la tempestad, pues en ella caminas; no la obscuridad y niebla, pues allí están tus huellas; no se enamora la hermosura y capacidad del mar, pues lo reprendes y haces secar; no te pagas de las corrientes de agua, pues las echas al desierto; no de la altura de los montes, pues los conmueves; no de los collados, pues los desuelas; no de la hermosura de las flores, pues las dejas enflaquecer y marchitarse; no de la tierra, pues la haces estremecer; ni de los poderosos poseedores, pues les muestras tu indignación; ni de la fortaleza de las piedras, pues las deshaces. ¿Pues, qué, Señor, te agrada, qué te inclina? el que espera en tí, el corazón humilde, que no confía en sí mismo; el que todo su sér resigna y deja en tus poderosas y amorosas manos, en tu sapientísima providencia; el amarte y temerte".

(2) Menéndez y Pelayo. "Discurso de recepción en la Academia Española" 1881.

ta con la elegancia retórica, y usa una sintaxis propia suya que bien merecería un estudio especial. A veces, la idea, al tratar de materias tan encumbradas y difíciles, se resisten a la expresión por medio de palabras; la Santa no oculta sus vacilaciones; expone su pensamiento en la forma que cree menos imperfecta, y pasa adelante, y cuando al fin, por una especie de iluminación repentina, halla la frase única, con tanto afán buscada, expresa su alegría con la sencillez del niño que después de mucho trabajo logra atrapar la fugitiva mariposa. Sus citas de extraños autores son tan raras como vagas, y a veces se limita a apuntarlas porque su debilitada memoria no le permite recordar con precisión el autor o el pasaje a que desea referirse. (3). En cambio, sus comparaciones son tan frecuentes como exactas; las toma de la naturaleza física, de objetos naturales, y las desarrolla con tal gracia y exactitud, que constituyen uno de los mayores encantos de sus libros. Los anacólutos en que a menudo incurre y que serían grave descuido en escritor de estilo más literario, no afean el de Santa Teresa, como lo confirmó desde el siglo XVI un maestro tan grande como fray Luis de León. (4). No me atrevo a decir otro tanto de las repeticiones de palabras en una misma oración y de la forma dura y poco eufónica que suele dar a sus períodos. En este último particular creemos que la supera la Madre Castillo, cuyo estilo es además más dulce que el de Santa Teresa. En lo de las repeticiones, fue gran pecadora Sor Francisca, con grave perjuicio para su valor literario.

(3) Por ejemplo, leemos en la "Morada VI": "El que pudo hacer parar el sol por petición (de Josué, creo que era), puede hacer parar las potencias". Nunca hubiera ocurrido duda semejante a la Madre Castillo aunque se hubiera tratado de un pasaje más recóndito de la Escritura que el de la detención del sol, que es sabido de todos.

(4) "Aunque en algunas partes de lo que escribe, antes que acaba la razón que comienza, la mezcla con otras razones y rompe el hilo, comenzando muchas veces con cosas que ingiere; mas, ingiérelas tan diestramente y hace con tan buena gracia la mezcla, que ese mismo vicio le acarrea hermosura, y es el lunar del refrán". Obras de Fray Luis de León. (Madrid, 1885). Tomo IV. Pág. 210.

Para apreciar mejor las diferencias que existen entre las dos escritoras, pondré en contraposición sendos pasajes, que por el asunto ofrecen analogía. Tratan una y otra de encarecer las ventajas de la vida interior y refuerzan con símiles su argumentación. Y dice Santa Teresa: "Ya habéis oído sus maravillas del Señor de cómo se cría la seda (que sólo él puede hacer semejante invención) y cómo de una simiente que es a manera de granos de pimienta pequeños (que yo nunca la he visto sino oído) y así si algo fuere torcido, no es mía la culpa. Con el calor, en comenzando a haber hoja en los morales, comienza esta simiente a vivir (que hasta que haya este mantenimiento de que se sustenta se está muerta) y con hojas de moral se crían, hasta que después de grandes les ponen unas ramillas y allí con las boquillas van de sí mismos hilando la seda, y hacen unos capuchillos muy apretados a donde se encierran, y acaba este gusano que es grande y feo, y sale del mismo capucho una mariposita blanca muy graciosa... Pues, ea, hijas mías, priesa a hacer esta labor y tejer este capuchillo". (5). Después de saborear este trozo, cuyo arte consiste en no tener ninguno y en hacernos oír, como en transcripción fonográfica, una conversación de Santa Teresa, veamos cómo expresa la Madre Castillo una idea semejante: "Mi amado para mí; yo para él; mi secreto para mí en la soledad y en lo escondido del corazón. Mira, que dicen es símbolo de la imprudencia el pelícano, que anida en las eras más trilladas y allí los labradores cercan el nido de heno o paja y le prenden fuego; él viendo el riesgo de sus pollitos, baja a ponerse sobre ellos; viendo que el fuego se va acercando, bate las alas para apagarlo, pero esto sirve para encenderlo, hasta que comprendido en su ignorancia, el fuego le quema las plumas y allí mueren cogidos de los cazadores, él y sus hijuelos. Mira que el principio de su mal fue falta de cautela; no evitó los riesgos y así cayó en ellos... (6). Llevamos nuestros tesoros por el camino trillado de pasa-

(5) "Morada V." Cap. II.

(6) "Este pasaje no perdería puesto al lado de las delicadas y risueñas comparaciones de San Francisco de Sales". R. M. Carrasquilla, "Discurso en la Academia Colombiana".

jeros, y los malignos espíritus son como ladroncillos que lo asechan. En el campo de la vida mortal estaba el tesoro que dijo el Señor, pero escondido. A su esposa la nombra con semejanzas que indican secreto; huerto cerrado, fuente sellada. Por preciosa que sea la casa, si a todas horas da paso franco, presto se acabará la hermosura..., si descubres tus bienes, o te los han de soplar con la lisonja, o morder con la envidia, o arrojar con el menosprecio. No des tu corazón al halago de ninguna criatura..., recélate más de sus aficiones que del cuchillo que ha de cortar tu brazo. El brazo hará falta al cuerpo; el corazón al amor de Dios y a su servicio; sin brazo podrás vivir la vida del espíritu". (7). Suspendemos la cita, porque basta a nuestros propósitos; pero la Madre Castillo continúa por largo espacio desarrollando el tema con no menor riqueza de frases.

El principal defecto de los "Sentimientos Espirituales", o más bien, el motivo más notorio de su inferioridad con relación a las otras obras maestras de la mística española, consiste en su falta absoluta de método y de plan. La Madre Castillo iba día por día consignando sus impresiones, sin esforzarse por darles trabazón ni enlace a fin de reducir las a un cuerpo de doctrina. Su pensamiento se mueve en determinado círculo de ideas, y forzosamente tiene que repetir las. Se complace en reproducir ciertos asuntos grandiosos y ciertas imágenes y símiles bíblicos por los cuales demuestra particular predilección. Si se permite la frase, su tono es "lírico", por lo cual no parece extraño que abandone a veces la prosa por la forma rítmica. No es esta la impresión que dejan otros místicos. Santa Teresa nos da en sus libros el fruto de su experiencia, alcanzada con sangre del cuerpo y del alma. Expone la traza del castillo espiritual que es preciso conquistar; señala los peligros que acompañan a la empresa; indica las armas con que se vence al enemigo, y como general intrépido, guía a sus soldados al asalto hasta apoderarse de la morada central en donde habita "el Dios de las caballerías". ¿Y quién gana en rigor didáctico a San Juan de la Cruz? Bajo su severa disciplina

(7) "Vida". Cap. XII.

va el hombre desembarazando sus sentidos y potencias de todo lo sensible, hasta llegar a un completo olvido de cuanto cae bajo forma y figura; y cada nuevo grado de purificación marca un ascenso en la subida del monte Carmelo. Fray Juan de los Angeles, con sus "Triunfos del amor de Dios" —uno de los libros más bellos de nuestra escuela mística— en que describe el duelo entre el alma y el Creador, expone en la primera parte, muy menudamente, las excelencias del amor que tiene fuerza bastante para "tenerse con Dios a brazo partido", y dedica la segunda a enumerar los motivos que hacen a Dios sumo objeto de amor por parte de la criatura. El extático fray Miguel de la Fuente, en su singular libro "Las tres vidas del hombre", comienza por un concienzudo análisis de nuestro ser corpóreo, y conocida la calidad del vaso, examina la esencia espiritual que encierra, y una vez estudiada el alma con sus potencias, nos presenta al hombre transfigurado por la gracia y unido con Dios en el abismoso centro del espíritu. Resume San Buenaventura (citado por el Padre La Fuente) (8), todos los ejercicios de la vida contemplativa en estos tres puntos: ¿Quién soy yo? ¿Quién es Dios? ¿Cómo seremos una misma cosa, Dios y yo? A estas preguntas, que según el Padre La Fuente, comprenden "la sustancia de toda la vida espiritual y su mayor perfección", responden nuestros grandes maestros en forma metódica, pero apoyándose en los datos de su propia experiencia, en lo cual consiste su originalidad. La Madre Castillo nos da su pensamiento sobre estos trascendentales asuntos; pero no discursivamente, sino apuntándolo aquí y allí en medio de efusiones líricas.

Alguna analogía de forma presentan los "Sentimientos" con las "Meditaciones devotísimas del amor de Dios", del clásico fray Diego de Estella, llamadas por Menéndez y Pelayo "braserillo de encendidos afectos" (9), frase que también podría aplicarse a los escritos de la clarisa granadina. Ambos libros ofrecen una forma oratoria, llena de color y

(8) Libro de "las tres vidas del hombre". (Toledo, 1623). — Pag. 61.

(9) "Historia de las ideas estéticas en España". Tomo II, vol. 1

movimiento, en que a la sencillez de la demostración dialéctica se sobrepone la pompa retórica y el ímpetu afectivo arrolla la argumentación filosófica. Ninguno de los dos tiene un conjunto orgánico como las "Moradas" o la "Subida del Monte"; pero hay en las "Meditaciones" una idea dominante, un punto central, al cual convergen todas ellas y que da unidad al libro. Esta idea principal falta en los "Sentimientos". Además, el estilo del Padre Estella, como de un verdadero escritor clásico, es más limpio y perfecto que el de la Madre Castillo, aunque no ofrece ciertos toques de emoción íntima y profunda; ciertas frases ardientes y patéticas que brotan del fondo del alma de Sor Francisca y que adquieren mayor realce por la espontaneidad y el descuido con que se presentan.

En cuanto al lenguaje, paréceme que el de la Madre Castillo es muy castizo y de pura cepa castellana. Su vocabulario es abundante, y contiene, como de uso familiar y corriente, palabras de extracción latina que sólo emplean ciertos escritores eruditos. La corrección no lleva parejas en nuestra autora con el casticismo. Además de las molestas repeticiones de unas mismas voces, de que ya hemos hecho mención, puede notarse que acumula los sinónimos para reforzar el pensamiento, produciendo a veces el efecto contrario, que se pierde en ocasiones en los incidentes de un período, y no lo cierra lógicamente; que rompe el orden en las gradaciones de palabras, etc., etc. En suma, podríamos decir de su prosa lo que un ilustre historiador de la literatura alemana dice de la de Santa Hildegarda: "Su defecto es la prolijidad. Su lenguaje tiene palabras sublimes, pero cae bruscamente, sin transición, en descripciones difusas o en repeticiones inútiles que sólo sirven para debilitar un pensamiento que de otra manera resultaría vivo y original. Al citar sus frases, hay que condensarlas casi siempre". (10). Pasando a la parte gramatical, incurre la Madre Castillo en un feísimo vicio regional, que deforma el estilo, aunque por otro lado, es nueva prueba de autentici-

(10) G. A. Heindich. "Histoire de la Littérature Allemande". (París, 1870). Tomo 1, Pág. 257.

dad y cumplida demostración de que la autora carecía de estudios literarios. Este defecto —ya censurado por el eminente literato señor Carrasquilla— consiste en la confusión en el uso de los pronombres y mezcla arbitraria de las formas "tú" y "vos", dirigiéndose a una misma persona. De esta incorrección, que aún subsiste en el lenguaje vulgar de la república de Colombia, y en otras regiones de América, no hay huella en los maestros de la mística española; (11), así como nunca incurre la Madre Castillo en el uso pleonástico del adverbio "muy" con un superlativo, que a cada paso se halla en Santa Teresa y que es tan común en España, como raro en América, o por lo menos, en la patria de Sor Francisca.

Por último, diré en elogio de ésta que, dadas sus condiciones de vida, de carácter tan trivial y doméstico, habría sido natural que echase mano de voces vulgares y chabacanas y de esas frases de excesiva llaneza que humillan el estilo; sin embargo, por regla general, los "Sentimientos" están libres de esta mancha, que afea hasta lo indecible obras místicas de tanta fama como el "Tratado del amor de Dios", del célebre Cristóbal de Fonseca, que ensalzaba Cervantes a par de los maravillosos "Diálogos" de León Hebreo.

ANTONIO GOMEZ RESTREPO

Consiliario del Colegio Mayor de
Nuestra Señora del Rosario.

(11) En la reimpresión de los "Diálogos de la conquista del reino de Dios" hecha en Madrid en 1885, con mucha elegancia tipográfica y precedida de un bello prólogo del Padre Mir, hallamos frases como éstas: "Creo que no sentiría cansancio aun cuando me anocheciese y amaneciese oyéndote hablar, y harto "sabéis" que la conversación acerca de la Divina Sabiduría carece de tedio... No quiero "seros" molesto e importuno "obligándote" a más de lo que pide tu falta de salud". Página 310. Esta confusión no existe en la edición primitiva de 1595, de la cual poseo un ejemplar.